

En efecto, todo el mundo vió en la arena del paseo las huellas de un cuerpo tendido.

—Las huellas que van hacia el bosque son las de unos pies calzados con escaarpines de estambre, dijo el cura.

—Son pies de mujer, dijo la condesa.

—Y allá abajo en el lugar del cántaro roto, las huellas son de pasos de hombre, añadió Michaud.

—Yo no veo huellas de dos pies diferentes, dijo el cura, que siguió hasta el bosque el rastro de los pasos de mujer.

—La habrán cogido y se la habrán llevado al bosque, exclamó Michaud.

—Si este es un pie de mujer, esto sería inexplicable, exclamó Blondet.

—Será alguna broma de ese monstruo de Nicolás; hace algunos días que acecha á la Pechina. Esta mañana he estado cerca de dos horas en el puente del Avonne para sorprender á ese pillo, que ha debido ser ayudado en su empresa por una mujer.

—¡Esto es horroroso! dijo la condesa.

—Crean que bromean, añadió el cura con amargo y triste acento.

—¡Oh! la Pechina no consentirá que la detengan, dijo el guarda general, es capaz de haber atravesado á nado el Avonne... Yo voy á examinar las orillas del río. Tú mi querida Olimpia, vuélvete al pabellón, y vos, señores, paseaos por la calle de árboles que va hacia Conches.

—¡Qué país! dijo la condesa.

—En todas partes se encuentran pillos, repuso Blondet.

—Señor cura, ¿es verdad que he salvado á esa pequeña de las garras de Rigou? preguntó la señora de Montcornet.

—Todas las jóvenes de menos de quince años que recojáis en el castillo, serán arrancadas á ese monstruo, respondió el abate Brossette. Señora, procurando atraer á esta niña á su casa desde la edad más tierna, el apóstata quería satisfacer á la vez su libertinaje y su venganza. Tomando al padre Niseron por sacristán, pude hacer comprender á este buen hombre las intenciones de Rigou, que le hablaba de reparar los daños de su tío, mi predecesor en el curato. Esta es una de las causas de la mala voluntad que me tiene el antiguo alcalde, y de que su odio contra mí haya acrecentado... El padre Niseron ha declarado solemnemente á Rigou que le mataría si le ocurría algo á Genoveva, y le ha

hecho responsable de todo ataque al honor de esta niña. No me extrañaría ver en esta persecución de Nicolás Ton-sard alguna infernal combinación de ese hombre, que se cree con derecho á todo.

—¿No teme á la justicia? dijo Blondet.

—En primer lugar, es suegro del procurador del rey, respondió el cura, que hizo una pausa. Después, no podéis imaginaros el profundo abandono de la policía y de la audiencia con respecto á estas gentes, repuso. Con tal que los aldeanos no quemén los cortijos, no asesinen, no envenenen y paguen sus contribuciones, les dejan hacer entre ellos lo que quieren; y, como no tienen principios religiosos, pasan cosas atroces. Al otro lado del estanque del Avonne, los ancianos achacosos tiemblan ante la idea de tener que quedarse en casa, porque entonces no les dan de comer; así es que van á los campos mientras sus piernas pueden soportarles, porque si se acuestan, ya saben que es para morir por falta de alimento. El señor Sarcus, el juez de paz, dice que, si se procesase á todos los criminales, el Estado se arruinaría con los gastos de justicia.

—Al parecer lo entiende ese magistrado, exclamó Blondet.

—¡Ah! monseñor conocía bien la situación de este valle, y, sobre todo, el estado de esta parroquia, continuó el cura. La religión es la única que puede reparar tantos males, la ley me parece impotente, modificada como lo está...

El cura fué interrumpido por unos gritos que salían del bosque, y la condesa, precedida del cura y de Blondet, se internó en él valerosamente corriendo en la dirección indicada por los gritos.

CAPÍTULO XI

LA OARISTIS, DÉCIMOCTAVA ÉGLOGA DE TEÓCRITO QUE NO ACOSTUMBRA Á VERSE CON FRECUENCIA EN LA AUDIENCIA

La sagacidad del salvaje, que su nuevo oficio había desarrollado en Michaud, unida al conocimiento de los intereses y de las pasiones de la parroquia de Blangy, acababa

de descubrir en parte un tercer idilio del género griego, que los campesinos pobres como los Tonsard, y los cuadrágenarios ricos como Rigou, traducen libremente, en el interior de los campos.

Nicolás, segundo hijo de Tonsard, había sacado un mal número al jugar la quinta. Dos años antes, gracias á la intervención de Soudry, de Gaubertin y de Sarcus el Rico, el hermano mayor de Nicolás Tonsard fué declarado inútil para el servicio militar, á causa de una pretendida enfermedad de los músculos del brazo derecho; pero como Juan Luis llegase á manejar después los instrumentos más aratorios con una extraordinaria facilidad, se oyeron algunos murmullos en la parroquia con este motivo.

Soudry, Rigou y Gaubertin, los protectores de aquella familia, advirtieron entonces al tabernero que era imposible librar del servicio al grande y fuerte Nicolás. Sin embargo, el alcalde de la Ville-aux-Fayes y Rigou sentían tan vivamente la necesidad de captarse las simpatías de hombres atrevidos y capaces de hacer mal, hábilmente dirigidos por ellos contra los Aigues, que Rigou dió alguna esperanza á Tonsard y á su hijo.

Este monje exclaustrado, á cuya casa iba de vez en cuando Catalina, que amaba excesivamente á su hermano, les aconsejó que se dirigiesen á la condesa y al general.

—Es probable que tengan una satisfacción en haceros este favor para halagaros, y no saben que favorecerían al enemigo, dijo á Catalina el terrible suegro del procurador del rey. Si el Tapicero se niega, ya veremos de arregrarlo nosotros.

Rigou preveía que la negativa del general tenía que aumentar el malestar y desacuerdo entre el general y los aldeanos, y valer á la coalición un nuevo motivo de agradecimiento por parte de Tonsard, en el caso de que al antiguo alcalde se le ocurriese algún medio para librar á Nicolás.

Nicolás, que tenía que ser tallado y reconocido pocos días después, tenía poca esperanza de poder contar con la protección del general, á causa del enojo de los Aigues contra la familia Tonsard. Su pasión, ó mejor dicho, su terquedad, su capricho por la Pechina se excitaron de tal modo con aquella partida que no le dejaba tiempo para seducirla, que quiso intentar la violencia.

El desprecio que esta niña mostraba á su perseguidor,

unido á una enérgica resistencia, había encendido en el seductor de la Grande-I-Verde un odio, cuyo furor igualaba á su deseo. Hacía ya tres días que acechaba á la Pechina, y ésta, por su parte, sabía que era acechada. Existía entre Nicolás y su presa la misma inteligencia que entre el cazador y la pieza de caza. Cuando la Pechina iba algunos pasos más allá de la reja, percibía la cabeza de Nicolás en uno de los paseos paralelos á los muros del parque, ó en el puente del Avonne. Hubiese podido sustraerse fácilmente á aquella odiosa persecución dirigiéndose á su abuelo; pero todas las jóvenes, aun las más inocentes, por un extraño miedo, instintivo acaso, temen confiar á sus protectores naturales esta clase de aventuras.

Genoveva había oído jurar al padre Niseron que mataría al hombre, fuese quien fuese, que se atreviese á tocar á su nieta. El anciano creía á aquella niña guardada por la aureola blanca adquirida con setenta años de probidad. La perspectiva de terribles dramas asusta bastante á las ardientes imaginaciones de las jóvenes, y no hay, por lo tanto, necesidad de examinar el fondo de sus corazones para descubrir las numerosas y curiosas razones que las inclinan á guardar silencio en estos casos.

En el momento de ir á llevar la leche que la señora Michaud enviaba á la hija de Gaillard, guarda de la puerta de Conches, cuya vaca criaba un ternero, la Pechina no se atrevió á seguir adelante sin efectuar antes un reconocimiento, como gata que se arriesga á salir de su casa. No vió traza alguna de Nicolás; escuchó el silencio, como dice un poeta, y, como no oyese nada, pensó que á aquella hora el pillastre estaría trabajando. Los aldeanos empezaban á cortar los centenos, pues siegan primeramente sus mieses, á fin de poder ganar los grandes jornales que se dan á los segadores. Pero Nicolás no era hombre que le importase perder la paga de dos días, tanto más por cuanto que tenía que abandonar el país después de la feria de Soulanges, y para el aldeano el ir soldado es entrar en una nueva vida.

Cuando la Pechina, con el cántaro en la cabeza, llegó á la mitad del camino, Nicolás saltó como un gato montés de lo alto de un olmo entre cuyas hojas se había escondido, y cayó como un rayo á los pies de la Pechina, la cual tiró el cántaro, confiándose á su agilidad para llegar al pabellón.

A cien pasos de allí, Catalina Tonsard, que la acechaba también, salió del bosque y chocó tan violentamente con la Pechina, que la tiró al suelo. La violencia del golpe aturdió á la niña; Catalina la levantó, la tomó en sus brazos y la llevó al bosque, al centro de una pradera en donde corre el manantial del arroyo de plata.

Catalina, alta y fuerte, semejante en un todo á las muchachas que los escultores y los pintores toman como modelo de la Libertad, como las tomaban en otro tiempo como modelo de la República, encantaba á los jóvenes del valle del Avonne por su seno voluminoso, sus piernas musculosas, su talle flexible y robusto á la vez, sus carnosos brazos, sus ojos alumbrados por dos lentejuelas de fuego, su aire arrogante, sus cabellos peinados á gruesas trenzas, su frente masculina, su boca roja y sus labios animados con una sonrisa casi feroz, que Eugenio de Lacroix y David (de Angers) supieron representar admirablemente. Imagen del pueblo, la ardiente y morena Catalina vomitaba insurrección por sus ojos de un amarillo claro, penetrantes y de una insolencia soldadesca. Había heredado de su padre una violencia tal, que toda la familia, excepto Tonsard, la temían en la taberna.

—Y bien, ¿cómo te encuentras, amiga mía? dijo Catalina á la Pechina.

Catalina había sentado con todo intento á su víctima en un terreno poco pendiente, al lado del manantial, en donde la hizo recobrar los sentidos humedeciéndole la frente con agua fría.

—¿En dónde estoy? preguntó la pequeña abriendo sus hermosos ojos negros de los cuales parecía que brotaba un rayo de sol.

—¡Ah! sin mí, repuso Catalina, estarías muerta.

—Gracias, dijo la pequeña, aturdida aún. Pues ¿qué me ha ocurrido?

—Que has tropezado en una raíz y has ido á caer á cuatro pasos, despedida como una bala... ¡Ah! ¡corrías como una local!

—Tu hermano tiene la culpa de esto, dijo la Pechina recordando haber visto á Nicolás.

—¿Mi hermano? No le he visto, dijo Catalina. Y ¿qué te ha hecho mi pobre Nicolás para que le temas como si fuese un duende? ¿No es más guapo que tu Michaud?

—¡Ah! dijo con soberbia la Pechina.

—Vaya, amiga mía, ¿te aguardan muchos disgustos amando á los que nos persiguen! ¿Por qué no te pones de nuestra parte?

—¿Por qué no ponéis nunca los pies en la iglesia? y ¿por qué robáis día y noche? preguntó la niña.

—¿Te dejas convencer por las razones de los burgueses? respondió Catalina desdeñosamente y sin sospechar la adhesión de la Pechina. Los burgueses nos aman como aman á la cocina, necesitan manjares nuevos todos los días. ¿Has visto acaso que se case alguno con nosotras, las aldeanas? Mira como Sarcus el Rico no le permite casarse á su hijo con la hermosa Giboulard de Auxerre, á pesar de ser hija de un rico carpintero... Tú no has ido nunca al Tivoli de Soulanges, á casa de Socquard; ven allí: allí verás lo que son los burgueses, y comprenderás que apenas valen el dinero que les sacamos cuando se dejan coger. ¡Ven este año á la feria!

—Dicen que es muy bonita la feria de Soulanges, exclamó cándidamente la Pechina.

—Voy á decirte en dos palabras lo que es, repuso Catalina. Cuando una es bonita, todo el mundo la admira. ¿De qué te sirve, pues, el ser bonita, como eres, si no has de ser admirada por los hombres? ¡Ah! cuando yo oí por primera vez que me decían: «¡Qué muchacha más bonita!» mi sangre se convirtió en fuego. Era en casa de Socquard, en pleno baile; mi abuelo, que tocaba el clarinete, se sonrió. Tivoli me pareció grande y hermoso como el cielo; pero esto depende, hija mía, de que está todo alumbrado con quinqués, tiene muchos espejos y allí parece estar una en el cielo. Los señores de Soulanges, de Auxerre y de la Villeaux-Fayes, están siempre allí. Desde aquella noche siempre me ha gustado el lugar en que sonó aquella frase á mis oídos como una música militar. Hija mía, ¿daría una la vida por oír ese dicho en boca de aquel á quien se ama...

—Sí, acaso... respondió la Pechina pensativa.

—Ven, pues, á escuchar esa bendición del hombre; seguramente que á tí no te faltará, exclamó Catalina. ¡Diantre! ¡siendo como tú eres, siempre hay allí probabilidad de hacer suerte!... El hijo de Lupin, Amauri, que tiene un traje con botones de oro, sería capaz de pedirte en matrimonio. No es esto todo, ¡si vieras lo que una se divierte allí y

cuántos medios hay de alejar las penas! Mira, el vino cocido de Socquard te haría olvidar las mayores desgracias. Figúrate que eso da sueños, se siente una ligera... ¿No has bebido nunca vino cocido? ¡Pues entonces no sabes lo que es la vida!

Este privilegio de gargarizarse de vez en cuando con un vaso de vino cocido, reservado á las personas mayores, excita en tan alto grado la curiosidad de los niños menores de doce años, que Genoveva se había mojado una vez los labios en un vaso de vino cocido que el médico había ordenado á su abuelo enfermo. Esta prueba había dejado en el recuerdo de la pobre niña una especie de magia que puede explicar la atención que Catalina obtuvo y con la que contaba aquella atroz muchacha para realizar el plan, cuya primera parte había salido bien. Sin duda quería hacer llegar á la víctima, aturdida por su caída á aquella embriaguez moral, tan peligrosa para las niñas que viven en el campo, y cuya imaginación, privada de alimento, es más ardiente cuando encuentra materia con que elaborar. El vino cocido, que llevaba de reserva, debía de acabar por hacer perder la cabeza á su víctima.

—Pues ¿de qué se compone? preguntó la Pechina.

—¡De muchas cosas!... reponió Catalina mirando á un lado para ver si su hermano llegaba; en primer lugar, de cosas que vienen de las Indias, de canela y hierbas que os hacen cambiar como por encanto. En fin, llegáis á creer que poseéis al que amáis, y eso os hace feliz; llega una á reirse de las penas.

—¡Me daría miedo beber vino cocido en el baile! dijo la Pechina.

—¿De qué? repuso Catalina. No hay el menor peligro: figúrate la infinidad de gente que hay allí. ¡Todos los señores nos miran! ¡Ah! ¡se pasan allí días en que se desquita una de muchas miserias! ¡Después de verlo, moriría una contenta!

—¡Si el señor y la señora Michaud quisieran ir!... respondió Pechina con encandilados ojos.

—Pero tu abuelo Niseron, ese buen hombre, no te ha abandonado, y bien se alegraría si te viera adorada como una reina... ¿Prefieres esos Arminacs de Michaud y otros, á tu abuelo y á los borgoñones? Nunca se debe renegar de su país. Y, después de todo, ¿qué tendrían que decir los Mi-

chaud si tu abuelo te llevase á la fiesta de Soulanges? ¡Oh! ¡si supieses lo que es reinar sobre un hombre, ser su locura, y poder decirle: «Vete allí», como yo le digo á Godain, y él va; «Haz esto», y él lo hace! Y mira, amiga mía, tú estás llamada á trastornar la cabeza de algún señor como el hijo de Lupin... ¡Decir que Amauri se ha enamorado de mi hermana María porque es rubia, y que yo casi le causo miedo!... Pero tú, desde que esa gente del pabellón te ha emperifollado, pareces una emperatriz.

Mientras que le hacía olvidar diestramente á Nicolás, para disipar la desconfianza en aquella alma cándida, Catalina destilaba en ella superfinamente la ambrosía de los cumplidos. Sin saberlo había tocado la llaga secreta de aquel corazón. La Pechina, sin ser más que una pobre aldeana, ofrecía el fenómeno de una asombrosa precocidad, como muchas criaturas destinadas á acabar tan prematuramente como han florecido. Extraña mezcla de sangre montenegrina y borgoñona, concebida y llevada á través de las fatigas de la guerra, sin duda sentía los efectos de estas circunstancias. Delgada, endeble, morena como una hoja de tabaco, pequeña, poseía una fuerza indecible, pero oculta para los ojos de los aldeanos, que desconocen los misterios de los organizaciones nerviosas. En el sistema médico de los campos no se admiten los nervios.

A los trece años, Genoveva había acabado ya de crecer, sin embargo de que tenía apenas la talla de una niña de su edad. ¿Su rostro debía á su origen ó al sol de Borgoña aquel tinte de topacio sombrío y brillante á la vez, sombrío por su color, y brillante por la disposición del cutis, que da á veces á una niña cierto aspecto de vejez? La ciencia médica criticaría indudablemente al que se atreviese á afirmarlo. Aquella vejez anticipada de su rostro estaba adornada por la vivacidad, por el brillo y por la riqueza de luz que hacía dos estrellas de los ojos de Pechina. Como todos los ojos llenos de brillo y que necesitan, sin duda, poderosos abrigos, los párpados estaban provistos de unas pestañas de una longitud casi desmesurada. Los cabellos, de un negro azulado, finos y largos, abundantes, coronaban con sus gruesos mechones una frente cortada como la del Juno antiguo. Esta magnífica diadema de cabellos, aquellos grandes ojos armenios y aquella frente celestial deslumbraban al rostro. La nariz, aunque de una forma pura en su nacimiento y ele-

gantemente encorvada, terminaba con dos agujeritos redondos y achatados. La pasión inflaba á veces estos agujeros y la fisonomía adquiría entonces una expresión feroz. Lo mismo que la nariz, toda la parte baja del rostro parecía sin acabar, como si la arcilla hubiese faltado á las manos del divino escultor. Entre el labio inferior y la barba, el espacio era tan corto, que cogiendo á la Pechina por la barba había que tocar necesariamente los labios; pero los dientes hacían que pasase desapercibido este defecto. Hubieseis creído seres animados á aquellos huececitos, brillantes, barnizados, bien modelados, transparentes y que dejaban fácilmente ver una boca acentuada por sinuosidades que daban á los labios semejanza con las raras torceduras del coral. La luz pasaba tan fácilmente á través del pabellón de las orejas, que al sol éstas parecían de color de rosa. Su tez, aunque tostada, revelaba la maravillosa finura de sus carnes. Si, como ha dicho Buffon, el amor está en el tacto, la suavidad de aquel cutis debía ser activo y penetrante como el perfume de las daturinas. El pecho, lo mismo que el cuerpo, asustaba por su delgadez; pero los pies y las manos, de un tamaño provocativo, acusaban una potencia nerviosa superior y una viva organización.

Esta mezcla de imperfecciones diabólicas y de bellezas divinas era armoniosa á pesar de tantas discordancias, pues tendía á la unidad con su salvaje arrogancia; además, aquel reto escrito en los ojos de un alma poderosa á un cuerpo débil, hacía á aquella niña inolvidable. La naturaleza había querido hacer una mujer de aquel pequeño ser, y las circunstancias de la concepción le dieron el rostro y el cuerpo de un hombre. Al ver á aquella extraña muchacha, un poeta la hubiese creído natural del Yemen, pues tenía algo del África y del Genio de los cuentos árabes. La fisonomía de la Pechina no mentía. Tenía un alma semejante á sus ojos de fuego, el talento á sus labios adornados por sus prestigiosos dientes, el pensamiento á su frente sublime, y el furor á sus narices, que parecían dispuestas siempre á relinchar. Así es que el amor, como el que se concibe en los países de oriente, en los grandes desiertos, agitaba ya aquel corazón de veinte años, á despecho de los trece años de la niña de Montenegro, que, semejante á aquella cima cargada de nieve, no debía adornarse nunca con las flores de la primavera.

Los observadores comprenderán ahora que la Pechina,

que destilaba pasión por todos sus poros, despertase en naturalezas perversas el capricho adormecido por el abuso, del mismo modo que se le hace á uno la boca agua en presencia de las frutas agujereadas y con manchas negras, que los golosos conocen por experiencia, y bajo cuya piel la naturaleza se complace en poner sabores y perfumes exquisitos. ¿Por qué Nicolás, aquel obrero vulgar, perseguía á aquella criatura digna de un poeta, cuando todas las gentes del valle la compadecían por creerla dotada de una naturaleza enfermiza? ¿Por qué Rigou, el anciano, experimentaba por ella una pasión de joven? ¿Quién de los dos era joven ó anciano? ¿Estaba el joven aldeano tan gastado como el viejo usurero? ¿Cómo se reunían los dos extremos de la vida en un común y siniestro capricho? La fuerza que acaba, ¿se parece á la fuerza que empieza? Los desarreglos del hombre son abismos guardados por esfinges: empiezan y terminan casi todos con preguntas que no tienen respuesta.

Ahora se debe también comprender aquella exclamación: «¡Piccinat!» escapada á la condesa, cuando el año anterior vió en la carretera á Genoveva, extasiada en presencia de una calesa y de una mujer vestida como lo estaba la señora de Montcornet. Aquella niña casi abortada, de una energía montenegrina, amaba al grande, hermoso y noble guarda general; pero le amaba como aman las niñas á esta edad, es decir, con la rabia de un desco infantil, con todas las fuerzas de su juventud, con la abnegación que, en el alma de las verdaderas vírgenes, produce divinas poesías. Catalina acababa, pues, de pasar sus groseras manos sobre las sensibles cuerdas de aquella arpa, tirantes hasta el extremo de estar próximas á romperse. Bailar en presencia de Michaud, ir á la fiesta de Soulanges, brillar allí, inscribirse en el recuerdo de aquel dueño adorado... ¡Qué ideas! ¿Sembradas en aquella cabeza volcánica, no era lo mismo que arrojar carbones encendidos sobre la paja expuesta al sol de agosto?

—No, Catalina, respondió la Pechina. Yo soy fea, raquítica; mi porvenir es vivir en un rincón y permanecer soltera y sola en el mundo.

—Los hombres gustan de las raquíticas, repuso Catalina. ¿No me ves á mí? dijo enseñándole sus hermosos brazos; yo gusto á Godain, que es un verdadero renacuajo, gusto á Carlos, el que acompaña al conde; pero el hijo de Lupin

huye de mí. Te lo repito, á los hombres pequeñitos es á los que yo agrado y los que dicen en la Ville-aux-Fayes al verme pasar: «¡Ah! ¡qué hermosa muchacha!» Mira, tú agradarás á los buenos mozos.

—¡Ah! Catalina, ¡si fuese eso cierto! exclamó la Pechina enajenada.

—Tan cierto es esto, que Nicolás, el mejor mozo del concejo, está loco por ti; sueña contigo, pierde la razón, á pesar de ser amado de todas las muchachas... ¡Es un buen mozo! Si tú te pones un traje blanco y unas cintas amarillas, serás la más hermosa en casa de Socquard el día de Nuestra Señora y te lucirás delante de todas las gentes de la Ville-aux-Fayes. Vamos, ¿quieres?... Mira, estaba cortando hierba allí para nuestras vacas; tengo en mi calabaza un poco de vino cocido que me ha dado Socquard esta mañana, dijo viendo en los ojos de Pechina aquella expresión delirante que conocen todas las mujeres; soy buena muchacha y lo repartiré contigo... Te crearás amada.

Mientras duraba esta conversación, Nicolás, escogiendo los montones de hierba para poner encima los pies y no hacer ruido, se había deslizado hasta llegar al tronco de una gruesa encina poco distante del declive en que su hermana había sentado á la Pechina. Catalina, que de un momento á otro dirigía miradas en torno suyo, acabó por ver á su hermano cuando fué á buscar la calabaza de vino cocido.

—Toma, empieza, le dijo á la pequeña.

—¡Esto quemal exclamó la pequeña devolviendo la calabaza á Catalina, después de haber bebido dos tragos.

—¡Tontal, mira, respondió Catalina vaciando de un trago aquel frasco rústico; ¡esto se bebe así, pues es un rayo de sol que nos calienta el estómago!

—¡Y yo que tenía que haber llevado la leche á la señorita Gaillard!... exclamó la Pechina. Nicolás me ha causado miedo.

—Pues ¿no amas á Nicolás?

—No, respondió la Pechina; ¿por qué me persigue? No será porque falten muchachas de buena voluntad.

—Pero te prefiere á ti á todas las muchachas del valle, querida mía...

—Lo siento por él.

—Ya se ve que no le conoces, repuso Catalina.

Con una rapidez asombrosa, Catalina Tonsard, mientras

decía esta horrible frase, cogió á la Pechina por el talle, la tiró sobre la hierba, la privó de todas sus fuerzas poniéndola boca arriba, y la mantuvo en esta penosa posición. Al ver á su odioso perseguidor, la niña empezó á gritar con toda la fuerza de sus pulmones, y envió á Nicolás á cinco pasos de distancia de una patada que le dió en el vientre; después balanceó sus pies como un acróbata y, con una destreza que engañó los cálculos de Catalina, se levantó para huir. Catalina, que se había quedado en el suelo, extendió la mano, y cogiendo á la Pechina por el pie, la hizo caer de narices contra el suelo. Aquella horrible caída contuvo los incesantes gritos de la valerosa montenegrina. Nicolás, que, á pesar de la violencia del golpe, se había repuesto, se levantó furioso y quiso coger á su víctima. En este peligro, aunque aturdida por el vino, la niña cogió á Nicolás por la garganta y se la apretó como si estuviese provista de unas tenazas de hierro.

—¡Socorro! ¡Catalina! ¡que me estrangula! gritó Nicolás con una voz que pasaba penosamente por la laringe.

La Pechina lanzaba también penetrantes gritos; Catalina procuró ahogarlos poniendo una mano en la boca de la niña, la cual le mordió hasta hacerle sangre. Entonces fué cuando Blondet, la condesa y el cura aparecieron en el extremo del bosque.

—Ahí están los señores de los Aigues, dijo Catalina ayudando á levantarse á Genoveva.

—¿Quieres vivir? dijo Nicolás Tonsard con voz ronca á la niña.

—¿Con qué condición? dijo la Pechina.

—Diles que jugábamos y te perdono, repuso Nicolás con aire sombrío.

—¡Perra! ¿se lo dirás? repitió Catalina, cuya mirada fué aun más terrible que la sangrienta amenaza de Nicolás.

—Sí, si me dejáis tranquila, replicó la niña. Pero en adelante no volveré á salir sin mis tijeras.

—O no dices nada, ó te arrojaré al Avonne, dijo la feroz Catalina.

—¡Sois unos monstruos!..., gritó el cura; merecáis que os prendiesen y que os llevasen á la audiencia.

—¡Ah! ¡no faltaba más! ¿qué hacéis vosotros en vuestros salones? preguntó Nicolás mirando á la condesa y á Blondet, que se estremecieron. Jugáis, ¿no es verdad? Pues

bien, los campos son nuestros, no siempre hemos de estar trabajando, estábamos jugando... Preguntádselo á mi hermana y á la Pechina.

—Pues si esto es jugar, ¿qué acostumbráis á hacer cuando reñís? exclamó Blondet.

Nicolás dirigió á Blondet una mirada de asesino.

—Habla, dijo Catalina tomando á Pechina por el antebrazo y apretádoselo hasta dejarle marcados los dedos, ¿no es verdad que estábamos jugando?

—Sí, señora, nos divertíamos, dijo la niña, cuyas fuerzas se habían agotado con el esfuerzo que había llevado á cabo y que dejó caer los brazos como si fuese á desmayarse.

—Ya lo oís, señora, dijo descaradamente Catalina, lanzando á la condesa una de esas miradas de mujer á mujer, que equivalen á una puñalada.

Y tomando por el brazo á su hermano, se marcharon ambos sin preocuparse gran cosa por las ideas que acababan de inspirar á aquellos tres personajes. Nicolás se volvió dos veces, y las dos veces se encontró con la mirada de Blondet, que contemplaba á aquel pillastrón, de una talla de cinco pies y de ocho pulgadas, de un color sano y vigoroso, de cabellos negros y crespos, ancho de espaldas, y cuya fisonomía, bastante agradable, ostentaba en los labios y en torno de la boca rasgos que dejaban adivinar la crueldad propia de los voluptuosos y de los holgazanes. Catalina balanceaba su saya blanca á rayas azules con una especie de perversa coquetería.

—¡Caín y su mujer! dijo Blondet al cura.

—Aun no sabéis hasta qué punto habéis dicho la verdad, replicó el abate Brossette.

—¡Ah! señor cura, ¿qué va á ser de mí? dijo la Pechina cuando los dos hermanos estuvieron á una distancia que no permitiese oír su voz.

La condesa, que se había puesto pálida como un muerto, era víctima de un pasmo tal, que no oía ni á Blondet, ni al cura, ni á la Pechina.

—Esto me obligará á abandonar este paraíso terrestre... dijo ella por fin. Pero ante todo salvemos á esta niña de sus garras.

—Tenfais razón; esta niña es todo un poema, un poema viviente, dijo en voz baja Blondet á la condesa.

En este momento, la montenegrina se encontraba en ese estado en que el cuerpo y el alma huncan, por decirlo así, después del incendio de una cólera que ha hecho gastar todas las fuerzas físicas é intelectuales. La resistencia y la victoria tienen un esplendor inaudito, supremo, que no brota más que bajo la presión de un fanatismo, del amor ó del martirio. La niña, que había salido de casa con una bata de rayas negras y amarillas, y que llevaba en el rostro un colorete que se fabricaba ella misma levantándose temprano, no se había apercibido aún del desorden de sus ropas manchadas de tierra y de su colorete esparcido. Al ver sus cabellos en desorden, buscó su peine. Esto ocurrió en el momento en que Michaud, atraído por los gritos, se personaba en el lugar de la escena. Al ver á su dios, la Pechina recobró toda su energía.

—¡Ni siquiera me han tocado, señor Michaud! exclamó la niña.

Este grito, la mirada y el movimiento, que equivalían á un elocuente comentario, dijeron en un instante á Blondet y al cura más de lo que la señora Michaud había dicho á la condesa sobre la pasión de aquella extraña muchacha por el guarda general, que ni siquiera se apercibía de ello.

—¡Miserable! exclamó Michaud.

Y por aquel gesto involuntario que se escapa lo mismo á los cuerdos que á los locos, amenazó con el puño á Nicolás, cuya elevada estatura se destacaba en el bosque en que acababa de penetrar con su hermana.

—¿De modo que no estabais jugando? dijo el abate Brossette dirigiendo una astuta mirada á la Pechina.

—No la atormentéis, dijo la condesa, y volvamos á casa.

La Pechina, aunque muy fatigada, sacó de su pasión la fuerza necesaria para andar: su dueño adorado la miraba. La condesa seguía á Michaud por uno de aquellos senderos conocidos únicamente por los cazadores furtivos y por los guardas y por el que no pueden ir dos personas de frente, pero que conducía en línea recta á la puerta del Avonne.

—Michaud, le dijo á media voz, hay que encontrar un medio para librar al país de ese granuja; pues esta niña está amenazada de muerte.

—En primer lugar, respondió Michaud, Genoveva no saldrá del pabellón; mi mujer tomará á su servicio al sobriño de Vatel, el que arregla los paseos del parque; le

reemplazaremos por un muchacho del país de mi mujer, pues es preciso no poner en los Aigues más que gente de quien estemos seguros. Teniendo á Gounod y á Cornevin en casa, las vacas estarán bien guardadas, y la Pechina no saldrá más que acompañada.

—Yo le diré al señor que os abone ese gasto, repuso la condesa; pero con esto no nos vemos libres de Nicolás. ¿Cómo lo lograríamos?

—El medio es muy sencillo y ya está encontrado, respondió Michaud. Nicolás tiene que sufrir un reconocimiento como quinto dentro de algunos días; en lugar de solicitar su libertad el general, con cuya protección cuentan los Tonsard, no tiene más que recomendar que se lo lleven.

—Si es necesario, yo misma iré á ver á nuestro primo de Casterán, el prefecto, dijo la condesa; pero de aquí á entonces, tiemblo...

Estas palabras fueron dichas en el extremo del sendero que desembocaba en el puente. Al llegar á la parte más elevada de éste, la condesa no pudo menos de dar un grito; Michaud se adelantó para sostenerla, creyendo que se había pinchado con alguna espina seca; pero su cuerpo sufrió un estremecimiento al ver el espectáculo que se ofreció á sus ojos.

María y Bonnebault, sentados á uno de los lados del puente, parecían hablar, y sin duda se habían escondido allí para escuchar. Evidentemente habían dejado su quehacer en el bosque al ver que venía gente y al reconocer la voz de los dueños de los Aigues.

Después de seis años de servicios en caballería, Bonnebault, muchacho alto y seco, había llegado hacía unos meses á Conches con la licencia absoluta, debida á su mala conducta, con la cual hubiese pervertido á los mejores soldados. Usaba bigote y mosca, particularidad que, unida al prestigio del talante que los soldados adquieren en el cuartel, había hecho á Bonnebault el gallito de las muchachas del valle. Llevaba, como todos los militares, el pelo de atrás muy corto, rizado el de delante, echado hacia arriba el de los lados, y la gorra de cuartel arrogantemente inclinada hacia la oreja. En fin, comparado con los aldeanos que iban casi todos en cueros como Mosca y Fourchon, parecía una gran cosa con su pantalón de tela, sus botas y su chaqueta corta. Estos efectos, comprados á raíz de licenciarse, se re-

sentían con la vida del campo; pero el gallo del pueblo poseía otros mejores para los días de fiesta. Digámoslo, vivía de las liberalidades de sus amigas, que apenas bastaban para cubrir las disipaciones, las libaciones y los excesos de todo género que llevaba consigo el frecuentar con exceso el café de la Paz.

A pesar de su cara redonda, achatada y bastante agradable al primer golpe de vista, este pillo ofrecía un no sé qué de siniestro. Era bisojo, es decir, que uno de sus ojos no seguía el movimiento del otro; no se ponía bizco del todo, pero sus ojos no iban siempre juntos al mirar. Este defecto, aunque ligero, daba á su mirada una expresión tenebrosa, poco tranquilizadora, lo cual estaba de acuerdo con un movimiento de la frente y de las cejas que revelaba una especie de cobardía de carácter, una disposición al envilecimiento.

Hay muchas clases lo mismo de cobardía que de valor. Bonnebault, que se hubiese peleado como el soldado más valiente, era débil ante sus vicios y sus caprichos. Perezoso como un lagarto, activo solamente para lo que él quería, orgulloso y bajo á la vez, capaz de todo é indolente, la felicidad de este *arreatador de platos y de corazones*, según una expresión soldadesca, consistía en hacer daño y despilfarrar. En el interior de los campos, estos caracteres dan tan mal ejemplo como en el regimiento. Lo mismo que Tonsard y Fourchon, Bonnebault quería vivir bien sin hacer nada. Así es que ya había *sacado su plano*, según la expresión del diccionario Vermichel y Fourchon. Explotando su físico con un éxito creciente, y su talento al billar con diversas alternativas, en su calidad de parroquiano del café de la Paz, acariciaba la idea de llegar á casarse con la señorita Aglae Socquard, hija única del padre Socquard, propietario de este establecimiento, que, en proporción, era en Soulanges lo que el Ranclagh en el bosque de Boloña.

Abrazar la carrera de cafetero, llegar á ser el empresario del baile público, era suerte que tenía que ser anhelada por un holgazán. Estas costumbres, esta vida y este carácter estaban tan suciamente escritos en la fisonomía de este *vividor* de baja estofa, que la condesa dejó escapar una exclamación al ver aquella pareja, que le produjo una impresión tan viva como si hubiese visto á dos serpientes.

María, loca por Bonnebault, hubiese robado para él. Aquel bigote, aquella *desenvoltura* de trompeta, aquel aire

alegre y bullicioso, le llegaban al corazón, del mismo modo que agradan á una bonita parisiense las maneras, los modales y el talante de un Marsay. Cada esfera social tiene su distinción. La celosa María rechazaba á Amaury, que era otro fatuo del pueblo: ¡ella quería ser la señora Bonnebault!

—¡Eh! ¡eh! ¡vosotros! ¡venís?... gritaron de lejos Catalina y Nicolás al ver á María y á Bonnebault.

Estos agudos gritos resonaron en los bosques como llamadas de salvajes.

Al ver á aquellos dos seres, Michaud se estremeció, y se arrepintió vivamente de haber hablado. Si Bonnebault y la Tonsard habían oído la conversación, solo podían resultar desgracias. Este hecho, insignificante en apariencia, en la difícil situación en que se encontraban los Aigues respecto de los aldeanos, tenía que tener una influencia decisiva, del mismo modo que en las batallas la victoria y la derrota dependen de un arroyo que un pastor salta á pies juntos y que basta para detener á la artillería.

Después de haber saludado galantemente á la condesa, Bonnebault tomó el brazo de María, con aire conquistador, y se fué triunfalmente.

—Ahí está la llave de los corazones del valle, dijo Michaud en voz baja á la condesa, sirviéndose de este dicho de vivac, que quiere decir, un Don Juan. Es un hombre muy peligroso. Después de haber perdido veinte francos al billar, sería capaz de asesinar á Rigou... Su ojo se inclina lo mismo hacia un crimen que hacia una fiesta.

—Por hoy ya he visto demasiado, replicó la condesa tomando el brazo de Emilio; volvámonos á casa, señores.

Y dicho esto saludó melancólicamente á la señora Michaud, después de haber dejado á la Pechina en el pabellón. La tristeza de Olimpia había contagiado á la condesa.

—¡Cómo! señora, ¿la dificultad de hacer el bien aquí, os decidirá, por desgracia, á abandonar tan bella idea? dijo el abate Brossete. Hace ya cinco años que duermo sobre un mal lecho, que habito un presbiterio sin muebles, que digo misa sin fieles que la oigan, que predico sin auditores, que sermoneo sin oyentes, que soy cura de este pueblo sin rentas ni suplemento de sueldo, que vivo con los seiscientos francos del Estado, sin pedir nada á monseñor, y que reparto la tercera parte en limosnas. En fin, no desespero. Si supieseis lo que son aquí los inviernos, comprenderíais todo

el valor de estas palabras. No me caliento más que con la idea de salvar este valle y de reconquistarlo para Dios. No se trata de nosotros, señora, sino del porvenir. Si hemos sido instituidos para decir á los pobres: «¡Sabed ser pobres!» es decir: «¡Sufrid, resignaos y trabajad!» debemos decir á los ricos: «¡Sabed ser ricos!» es decir «¡Sed inteligentes para hacer el bien, piadosos, y dignos del puesto que Dios os ha asignado!» Ahora bien, señora, vosotros no sois más que los depositarios del poder que da la fortuna, y, si no cumplís sus cargas, no podréis trasmitirla á vuestros hijos como vos la habéis recibido. Renunciáis á la posteridad. Si continuáis con el egoísmo de la cantante que ha causado con su abandono el mal cuya extensión os espanta, volveréis á ver los patibulos en que han muerto vuestros predecesores por las faltas de sus padres. Hacer el bien obscuramente, en un rincón de la tierra, como hace el mal Rigou... ¡Ah! esas son las verdaderas plegarias en acción que agradan á Dios!... Si en cada parroquia hubiese tres seres amantes del bien, Francia, nuestro hermoso país, se salvaría del abismo á que corremos, y adonde nos arrastra una religiosa indiferencia por todo lo que no es uno mismo. Cambiad ante todo, cambiad vuestras costumbres, y entonces cambiaréis vuestras leyes.

Aunque profundamente emocionada oyendo este impulso de caridad verdaderamente católico, la condesa respondió con el fatal: *Ya veremos*, de los ricos, que contiene las promesas necesarias para desembarazarlos de una llamada á su bolsillo, y que les permite más tarde permanecer con los brazos cruzados ante cualquier desgracia, bajo pretexto de que ya no tiene remedio.

Al oír esta palabra, el abate Brossete saludó á la señora de Montcornet y tomó uno de los paseos que conducían directamente á la puerta de Blangy.

—¡El festín de Baltasar será el símbolo eterno de los últimos días de una casta, de una oligarquía, de una dominación... se dijo cuando estuvo á diez pasos. ¡Dios mío! ¡si vuestra voluntad santa es desencadenar á los pobres como un torrente para transformar las sociedades, comprendo que dejéis que los ricos sigan con su ceguera.